

GOLPE DE DADOS
ALFREDO TAJÁN

Estrella rota



Si alguien quiere intoxicarse de alta literatura debe leer 'Estrella rota', de Enrique Juncosa (Palma, 1961), un poemario que tiende puentes blancos bajo auroras boreales salvajes y exóticas, puentes entre la imagen poética y la plástica, virtudes de una sinestesia asociativa que en este autor no debe sorprendernos: Juncosa lanza versos fulgurantes que a veces hieren y otras abrasan, versos de probo artesano, de incansable poeta viajero, nómada de lujo, cosmopolita, mimético, 'lodger' eterno. La biografía de Juncosa, y este libro, por cierto, tiene mucho de autobiográfico, también ha cultivado la sinestesia cuando el poeta ha venido dirigiendo museos de arte contemporáneo y comisariando exposiciones mientras escribía poemas en los már-

genes de su existencia, lo que ha alimentado sin duda su faceta de dilecto experto artístico en detrimento de su otro lado lírico, que ampara múltiples tonalidades, todas sugerentes, y sin asociarse con ninguna, bebiendo, quizá, el mejor néctar de cada una de ellas. Él mismo lo confiesa, a través de Lezama Lima —uno de sus mitos literarios—, que «... sus palabras no dependen/ de una tradición,/ sino que lo convierte todo/ en algo simultáneo y coincidente: las eras imaginarias».

En estos poemas se mezclan «arabescos cinematográficos con un imperio helado, estribillos de vainilla con el día abrumador de la traición primera», y mucha botánica y geografías diversas, paisajes del mundo, montañas altas, penínsulas, y lagos y ma-

res y playas escondidas y ríos caudalosos. Algunos versos de Juncosa dibujan caligramas descendentes, quizá homenajeando a Guillaume Apollinaire, en otras, la referencia es explícita, como ese poema compuesto solo por títulos de otro bardo inmenso, Wallace Stevens, con omisión, no sé si deliberada, del poema canónico 'El emperador de los helados', «el único emperador es el emperador de los helados», poema concupiscente, cósmico y herético, adjetivos que en parte fundan la poética del autor de 'Estrella rota'. Quiero destacar el poema narrativo 'Días felices' en el que el mundo «era triste y expectante», el escenario «un infame lodazal resbaladizo», incluso el autor piensa: «Quizá debiera antes, anotar en algún lado,/ un epitafio ingenioso y adecuado», aunque al final la naturaleza le salva, una tierra no precisamente yerma. Siento una afinidad irreprimible por el universo especular de este autor delicadamente neurótico, como yo, siempre de estación a estación. Ya lo decía Chesterton: «La mejor manera de llegar a tiempo a un tren es perder el anterior».